

17 MARZO

Jamás olvidaré la experiencia de visitar un asilo donde tenían a ancianos llevados a la institución por sus hijos e hijas, y tal vez olvidados. Estos ancianos lo tenían todo: buena comida, alojamiento confortable, televisión... todo. Pero siempre estaban mirando hacia la puerta. Y no ví a uno solo con una sonrisa en el rostro. Me volví hacia una hermana y le pregunté: «¿Por qué no sonríen? Estoy acostumbrada a ver que los nuestros sonríen, aun los moribundos». Y la hermana me dijo:

«Casi cada día es lo mismo. Están expectantes, conservan la esperanza de que sus hijos vengán a visitarlos algún día». Es esta negligencia en el amor lo que acarrea pobreza espiritual.